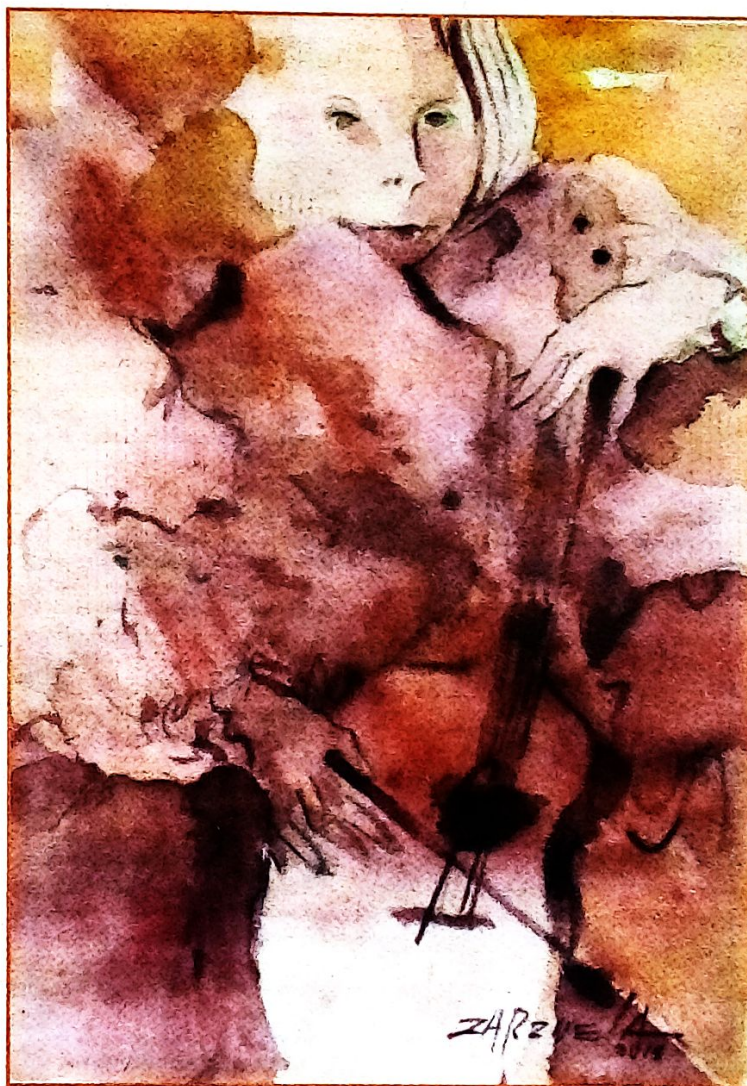




D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376



León Tolstoi • Antonio Paredes Candía • HCF Mansilla • Marguerite Yourcenar • Odette Magnet
Elba Mejía • Julia García • Porfirio Díaz • Khalil Gibran • Rosario Quiroga
José Ferrater • Freddy Zárate • Daisy Zamora • Marc E. Blanchard • Ricardo Jaimes Freyre

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XXIII n° 565 Oruro, domingo 18 de enero de 2015





Talento musical. Acuarela 30 x 40 cm
Erasmo Zarzuela

Observaciones

Dos observaciones para el escritor de "belles-lettres":

Es un raro ver que una sombra se pose en el agua; cuando se ve no provoca ninguna admiración.

Todo escritor tiene en mente para su obra una categoría especial de lectores ideales. Es necesario definir con precisión para uno mismo las exigencias de estos lectores ideales y, si hay aunque sea dos lectores así en el mundo, escribir "únicamente para ellos". Cuando se describen caracteres o paisajes inusuales para la mayoría de los lectores, no perder de vista jamás los caracteres y los paisajes usuales, tomarlos como base y describirlos comprándolos con los inusuales.

Leon Tolstoi. Novelista ruso, 1828-1910.

Donde se cuenta que el señor Tatacura, muy cuitado sermonea a su feligresía

Antonio Paredes Candia *

Era el párroco del pueblo de una provincia del valle cochabambino. Lugar muy productivo y famoso por la buena comida y la abundancia de la bebida nacional que allí fabricaban: me refiero a la incomparable chicha.

Parece que las demostraciones de agradecimiento de los feligreses para con el guaidor de almas eran tan flacas que le sacaban de quicio; acostumbrado a que en otros lugares lo trataran a cuerpo de rey, especialmente los indígenas, quienes se quedaban aun sin comer por llenar las despensas apostólicas.

El cura, en una y otra forma trataba de hacerles comprender, que por su misma salvación espiritual, fueran dadivosos con él, que representaba al Supremo Hacedor sobre la tierra. Pero todos seguían sordos a sus pláticas benignas, cumpliendo aquello de que no hay mejor sordo que el que no quiere oír, hasta que un domingo en que se recordaba el día de una santo del martirologio cristiano, y por esta razón se congregaban en la iglesia del pueblo la totalidad del vecindario, el padrecito dijo para su capote: "esta es mi ocasión".

Llegó el instante de la prédica.

Ya en el púlpito, al Tatacura la relampagueaban los ojos de dicha porque iba a exhalar el suspiro retenido durante tanto tiempo.

"Hijos míos -principió diciéndoles- hoy recordamos al santo fulano de tal, asesinado por los malvados infieles, ejem, ejem, ejem, pero antes -movió el dedo índice en actitud amenazadora- quiero hablarles de la salvación de ustedes, que como están pasando las cosas, la veo muy verde, stíff, muy verde, -tosió un poco y repitió tres veces- la veo muy verde hijos míos. Y ¿por qué padre, me dirán? Ahí va mi respuesta, hijos míos. Porque ustedes han hecho de la usura el pecado diario, la avaricia les ha carcomido el corazón... Ustedes comen buenos pollos, en ajicito, en "ququ", y se olvidan de su párroco que a veces no tiene un pedazo de pan que llevarse a la boca. Muy bien, hijos, muy bien. La mejor papa para ustedes ¿y para el cura? ¿Que se muera de hambre! ¿No? El cordero más gordo para ustedes, el cura que coma su mierda. El mejor pan de Toco para ustedes, para el cura ni una miga. La chichita más rica se beben todos los días y para el cura ni agua sucia, que tome sus orines dirán. Pero nos vamos a ver las caras después de muertos. Ya les voy a ver a ustedes rogándome, suplicándome. Ustedes en el Infierno, ardiendo como leñas, "qajarándose" (quechua: chisporroteando), a algunos carbones ya, otros a medio quemarse. Entonces me van a gritar: "¡Tatay! ¡Tatituy!" salvame pues. "¡Tatay, alcánzame siquiera tu mano!"... Yo voy a estar al lado de Dios, con los ángeles abrazándome, ustedes "qajarándose" en el fuego. Entonces me he de acordar, del pan, de la carne, de la chicha, de todo lo que ustedes comen y beben en la tierra, y a los ruegos les he de contestar:

-¡Malagradecidos! ¡Kay kunkaiki! (quechua: jeste es tu cuello).

Terminó la última palabra al mismo tiempo que les hacía con la mano y el brazo, una fea seña de carácter pornográfico.

* Antonio Paredes Candia. La Paz, 1924 - 2004.

Narrador, tradicionista y editor.

Tomado de: "Cuentos de curas. Folklore secreto" (1975).



el duende
director: luis urquieta m.
consejo editor: benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david illanes
casilla 448 telfs. 5276816-5288500
elduende@zofro.com
lurquieta@zofro.com

www.lapatriaenlinea.com.bo/elduende



El Duende no mantiene correspondencia obligatoria de publicación con colaboraciones no solicitadas; tampoco comparte necesariamente las ideas expresadas por sus autores.

Una tarde de nostalgias y melancolías

H. C. F. Mansilla *

Un chubasco repentino me obligó a buscar refugio en una cafetería destaralada en el centro de allí me encontré con algunas personalidades de las letras nacionales, poetas y novelistas que apenas dos décadas atrás eran figuras destacadas de la cultura boliviana. En el local formaban un corro de ancianos desamparados, ansiosos de recibir alguna noticia que no resultara calamitosa o algún elogio que fuese creíble. Son la sombra de tiempos mejores. Respetados y hasta ilustres en su día, hoy son las víctimas de la pobreza, el olvido y la tristeza. Ellos mismos reconocen que ya no tienen nada que decir en el presente, que se les han acabado la inspiración y el entusiasmo y que están sumidos en una pesadumbre continua. Y lo más grave: admiten que ya no entienden nuestro tiempo, signado tan abrumadoramente por la prisa, el cinismo y el placer barato. Son gente de otra generación, es decir de otro universo: cifraron su honor en la creación de la belleza o en el esclarecimiento de la verdad, y ninguno supo (o pudo) acumular una fortuna regular o asegurarse influencias políticas duraderas.

En la cafetería la atmósfera en torno a ellos era deprimente. Hablaban de temas repetitivos y tediosos que un hombre sagaz hace bien en evitar, como el sufrimiento de los justos, las inesperadas vueltas del destino, el sinsentido de la vida, la corrupción irrefrenable de la esfera política, la deslealtad de las mujeres y la insensibilidad de los hijos.

Hace escasos veinte años estos escritores estuvieron en el centro de las letras bolivianas. Su voz era escuchada con atención y hasta con reverencia. La opinión pública se ocupaba a menudo de ellos. Algunos estadistas (por los motivos que fueran) se enorgullecieron de estar a su lado. Las damas de la alta sociedad se hacían fotografiar con estos representantes de la cultura. Y ahora sólo experimentan la indiferencia de los jóvenes, el desprecio de los poderosos, el desinterés del ámbito académico, el silencio de los periódicos y la televisión. En fin: uno de los males nacionales desde el comienzo de la república. Me fue muy fácil el identificarme con ellos...

En una constelación así lo único que cabe es dar la espalda al mundo, pero de manera inteligente y hasta divertida. En una situación similar decía Theodor W. Adorno (pensando en su amigo Walter Benjamin) que lo mejor es vivir en los textos y escribir en un café. Dentro del texto el escritor se acomoda como en un hogar: sus pensamientos se parecen a los muebles y las palabras a los objetos que uno va cambiando de lugar, a los que uno toma cariño y con los que uno se enfada ocasionalmente. La

escritura es la morada más conveniente, más cálida, más acogedora, la menos extraña: quien no tiene casa, se refugia en las palabras como en una habitación propia. En el café – el hogar impersonal, temporal y casual – uno observa al público con ojo clínico, sin identificarse con sus problemas ni tomarlo demasiado en serio.

Pero Adorno mismo prefería la seguridad de la torre de marfil y la cátedra bien pagada. La torre de marfil es el lugar del asilo, pero también de la pureza y la belleza. Es en cierto modo una huida del mundo, ya que permanecer en el mundo – en la política, por ejemplo, como su forma más conspicua y visible – significaría avalar la suciedad generalizada, compartir la estupidez cotidiana, legitimar la injusticia. Cuando no hay perspectivas de una praxis razonable, la torre de marfil constituye el mejor resguardo contra los desastres de la época. Hay que dejar obviamente una puerta abierta. Otro consejo de Adorno para evitar la desesperanza era sumergirse en el trabajo: sostuvo que su asombrosa productividad era el esfuerzo permanente por superar “una soledad y una melancolía casi insuperables”.

Quería reconfortar a los escritores bolivianos en desgracia y brindarles alguna esperanza, algún aliento, alguna palabra amable. Pero no me atreví a hablarles de Adorno y de sus reflexiones, pues lo que podría haber dicho hubiera sonado a impudor, a falta de tacto, a vana erudición. Podría haberles recordado que todo trabajo creativo es un naufragio si uno considera el abismo entre las propias aspiraciones y la modestia de los resultados, y que, por lo tanto, la derrota existencial de cada uno es relativa y circunstancial. Pero esta verdad no era un buen consuelo para aquellos escritores que encontré literalmente en la intemperie. Como tampoco era una palabra de alivio afirmar que la auténtica felicidad reside en el conocimiento puro, en el tiempo libre para pensar, en resistir la estulicia colectiva, en la contemplación de las grandes obras de arte, y no en reunir grandes caudales ni acceder a la fama ni alcanzar las cumbres del poder. Todas estas expresiones clásicas de la filosofía y la teología me parecieron en aquel momento como presuntuosas y vanas, insustanciales y groseras frente al sufrimiento concreto.

Después de dos horas con aquellos escritores del pasado (¿por qué del pasado?) quedé desalentado: ese destino es el que me espera. No supe qué decirles: no hay un consuelo efectivo para esas personas, ni un consejo que sea realmente adecuado, ni una palabra que no parezca falsa. Si fuera cínico, les recordaría los hermosos versos del poeta romántico brasileño Manuel Antonio Alvares de Azevedo (1831-1852), que en mi ya frágil memoria dicen más o menos así:

“Tengo por mi palacio las largas calles;
paseo a gusto y duermo sin temores.
Cuando bebo soy rey como un poeta,
y el vino me hace soñar con el amor.
Mi patria es el viento que respiro,
mi madre es la luna macilenta,
y la indolencia la mujer por la que suspiro.
[...]
Soy hijo del calor, odio el frío.
No creo ni en el diablo ni en los santos.”

¿Se conformarían ellos (y yo) con las calles como hogar y con el viento como patria, aunque se trate de imágenes y metáforas?

* **Hugo Celso Felipe Mansilla.**
Doctor en Filosofía.
Académico de la lengua.



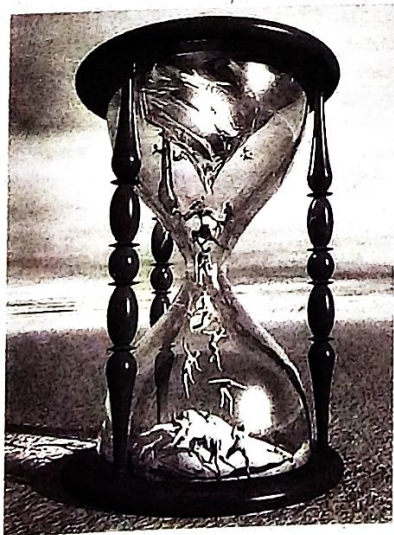
“Gajes del oficio”

Marguerite Yourcenar *

Cuando se pasan las horas con una criatura imaginaria, o que haya vivido en otro tiempo, ya no es solo la conciencia la que la concibe, entran en juego la emoción y el afecto. Se trata de una lenta ascesis, se hace callar completamente el propio pensamiento; se oye una voz: ¿qué puede decirme este individuo, qué puede enseñarme? Y cuando se oye bien, no nos abandona más. Esta presencia es casi material, se trata en suma de una “visitación”. A veces, es algo bastante extraño, la primera visitación se produce en un momento en el que sabemos aún muy poco de ese personaje que se volverá importante para nosotros. Se impone, quizás a través de un clima, como si estuviéramos ya, sin saberlo, dispuesto a recibirlo [...]. Me ocurre también, me ocurría sobre todo en el pasado, que me adueño de mis personajes demasiado pronto, antes de que hayan dicho todo ellos mismos, y en ese caso el libro fracasa, pero llega un día en que vuelvo al trabajo. Escribí –enteramente– una o dos versiones de “Adriano” que arrojé al cesto. Las razones de este fracaso eran muy simples: no había cotejado lo suficiente los textos que le concernían, y no había visto lo suficiente los paisajes en los que se había desarrollado su existencia; no había reflexionado lo suficientes sobre ciertos temas para ser capaz de hacerle hablar de ellos. Después, un día, recordé el personaje de Adriano, y debo decir que regresé al trabajo con indecible alegría.

* **Marguerite Yourcenar. Bruselas, 1903 – Mount Desert, 1997.**
Poeta, ensayista y novelista.

Tomado de “Gajes del oficio” (2007).
(Selección y edición: Delia Juárez G.)



Menos para el Infierno

Odette Magnet *



Ayer me besó un desconocido. Fue tan inesperado, muy de repente. Estaba sentada en un banco de madera en el Parque Waterlow, al lado del cementerio de Highgate. La mañana estaba tibia, con un sol de comienzos de verano. Cerré los ojos y respiré profundo y por un rato creí que la vida era posible. El aire olía a lavanda y curry. De pronto sentí unas pisadas sobre el camino de piedrecilla. Abrí los ojos cuando un hombre se sentaba a mi lado y, tomando mis dos manos entre las suyas, me pidió dinero. Para comer, dijo, en un inglés precario, entrecortado. Me advirtió que esta era la última vez y me pareció reconocer algo antiguo y familiar en su encogida de hombros. Creí escuchar el latido de su alma derrotada. Vacilé unos segundos. Metí mi mano al bolsillo y saqué unas cuantas monedas. Era todo lo que tenía. Desconcertada, se las entregué. Entonces él titubeó también y con torpeza me dio un breve beso en la mejilla derecha. Murmuró unas palabras, algo sobre que volvería más tarde, que no me moviera. Luego retiró una hebra de pelo que cruzaba mi frente. Se levantó y, cabizbajo, se alejó arrastrando los pies.

Habría querido devolverle el beso y darle más dinero. Fue todo tan rápido. Quizás lo imaginé. Cuando la memoria me falla, recuro a la fantasía. Mejor así, duele menos. Qué importa si es verdad o mentira, si las cosas suceden o las fabricamos nosotros. Sentada en mi banco, todos los días, lanzo migas de pan a las palomas como hacen los jubilados del mundo entero. El sol entibia mi cuello. Me desabroché el primer botón de mi blusa negra de lino. Se me vienen a la memoria, no sé por qué, esos pueblos del norte chileno, el grande y el chico, con sus tierras de grietas anchas, pozos olvidados, rostros curtidos, gente de pocas palabras, algo hosca y ademanes lentos, la mirada furtiva, rodeados por el silencio del desierto, la pampa infinita. Hacía tiempo que un hombre no me besaba de sorpresa. Más bien hacía tiempo que un hombre no me besaba. Nada bueno me había sucedido desde el inicio de la pesadilla. Había llegado a Londres un año antes. Para empezar de nuevo, para rehacer mi vida, como decía mi madre, que en paz descansa. Debes intentar olvidar, seguir adelante, sin rencores, remataba, y se le quebraba la voz cada vez que me lo decía. Una agrupación de derechos humanos del Reino Unido, no recuerdo el nombre, había hecho las gestiones pertinentes por medio de los canales regulares

para que se me otorgara visa y pasaporte a Inglaterra como refugiada política. Más adelante, me aclararon, podría pedir la nacionalidad británica, si lo deseaba. Yo no elegí el destino, ni siquiera elegí salir. Para entonces ya tomaba pocas decisiones. Abordé el avión a Londres una semana después de que fuera liberada del centro de torturas cuyo nombre todavía no puedo pronunciar. Allí, en el sur profundo de Chile.

Desde entonces estaba en la lucha por la llamada sobrevivencia. No, no es cierto: ya había dejado de luchar. Pese al tiempo transcurrido, todavía me siento como un árbol arrancado de cuajo, sin aviso. Con mis raíces desnudas, patéticas, a la intemperie, aterricé en Heathrow una tarde lluviosa. A la salida de la manga me esperaba un funcionario de esa agrupación humanitaria. Me condujo a un hostal, me dijo que el alojamiento y las comidas ya estaban pagados para la semana y que me llamaría al día siguiente. Me dio la mano y me entregó cien libras. Lo fui a dejar a la puerta. Afuera, las calles adoquinadas,

lustrosas, por la lluvia recién caída. Los cielos, revueltos, de colores indefinidos, grises, azules y violetas. No recuerdo mucho más. Ahora que lo pienso mejor, desaproveché la oportunidad de inventarme otra personalidad, otra *persona*. Un nuevo pasado, presente y futuro. Genial, aterrador, tentador. Pero, una vez más, no tuve el valor. Aún no tengo a quién llamar ni nadie que me llame a mí. Tengo la certeza de que podría caminar durante meses sin encontrarme con alguien conocido. Nadie sabe de mi existencia y lo prefiero así. El anonimato me viene bien. No tengo identidad ni pertenencia. Todo sigue igual. Deambulo con el alma seca por los parques verdes, los más bellos del mundo. No conozco el resto del mundo pero conozco los parques de Londres. Camino sin cesar, sin rumbo fijo, a la espera de un diluvio que pueda borrar mis grietas, lavar mis heridas y cerrarlas para siempre. Abrigo la esperanza de que un día, en medio de las palomas, no recuerde ni mi nombre y tenga mi mente en blanco como un vaso de leche tibia. Asisto a

mis sesiones con la sicóloga —casi mi única conocida— que intenta librarme de la culpa que arrastro por haber sobrevivido. Con su voz suave, me habla de la necesidad de recuperar el tiempo perdido y botar los dolores.

—Cuando el dolor no se expulsa como la leche agria, la mirada se vuelve opaca y la boca amarga — sentencia ella con la mirada fija en sus zapatos.

Yo le explico, con pocas ganas, que no se puede medir el dolor como quien toma la temperatura o el pulso de un enfermo, que no deseo recuperar nada sino perder lo único que tengo: la memoria. Le advierto, ahora con menos ganas, que en las noches de insomnio en una pieza arrendada en el norte de Londres ruego a los dioses, a cualquiera, a alguien que esté despierto, que me aceche la amnesia. Pero eso no ocurre, los dioses duermen profundo y el pasado me despierta y me arrastra al epicentro de la pesadilla, la misma que me hace mojar las sábanas de terror. Como la marea alta, el pasado regresa cada noche, montado en una gigante ola que me baña la piel, me revuelve las tripas, me quiebra los huesos. Ahí estoy, tendida sobre la parrilla, rodeada por mis torturadores, el metal frío bajo mi espalda, las patadas, los insultos, los gritos, mis oídos reventados, las quemaduras de cigarrillos sobre mis nalgas, mis pechos, las baldosas heladas, mis ojos vendados, el olor a mierda, mi mierda. Me voy desintegrando en partículas muertas, escamas que se desprenden de mi vagina agónica, un río de fuego, de lava quemante que baja como un torrente por mis piernas amoratadas. El olor de mi vómito me inunda. Caigo en un pozo negro, sola, muda, sin decirles palabra a los bastardos, sin soltar un puto nombre, negándome a hablar, a cooperar, como dicen ellos, los bastardos. Sólo se quedarán con mis aullidos y mis brazos abiertos, como un Cristo crucificado. Entonces lloro, creo. Siento la sal en mis labios reseca. Recuerdo esas irrisorias sesiones de cédulas del partido, cuando éramos jóvenes, en las cuales los llamados dirigentes nos exponían teorías baratas sobre el control mental para enfrentar la tortura. Eventualmente, decían ellos, con sus voces graves. Pendejos. Soberbios, ingenuos. Pura paja. No estábamos preparados para nada. Menos para el infierno. Pienso en mi playa favorita, en esas aguas de azul intenso, de verde marino, el sol que se desliza por la cresta de la ola y las gaviotas que hacen piruetas cuando se levanta la espuma, suspendida en el aire. Luego, en un estallido blanco, la ola revienta y lame mis muslos. Quiero volar como una gaviota. Estoy jodida, a nadie le importa un carajo si me muero aquí mismo.

(Pasa a la Pág. 5)

Yo, única testigo muda, sobre la parrilla. Mi garganta hierve, mis pechos, mi vientre, mi vagina, todo late, a punto de reventar, la ola de electricidad me estremece, me eleva, me arrastra y me sumerjo en el dolor intenso. Sólo necesitas un par de buenas cachas con machos de verdad que te hagan gozar hasta que aúles, me dicen los bastardos. Y yo les ruego que me suelten o me maten ya, de una buena vez. Ellos largan unas risotadas vulgares de hienas.

Me dan un poco de agua. —No le den mucho —dice la doctora—. Podría morir. Es lo que deseo. Estoy tan cansada. Quiero dormir, dormir. He perdido mi lengua, me la he mordido, la siento hinchada, carne molida. Soy una masa sin contornos ni rostro. La oí, doctora, mientras estaba en la parrilla. No vi su cara, pero oí su Chanel número 5. Fino, perfume de mujer, algo dulzón, intenso. ¿Por qué está examinando mi corazón? ¿Les dará la orden de que me dejen tranquila, que me suelten ya? Por favor, se lo pido, no se vaya, si se queda, doctora, no me volverán a poner electricidad. Alguna vez quise ser médico como usted, ¿sabe? Deseaba salvar vidas pero no podía soportar el dolor ajeno. Abandoné la idea de los primeros auxilios y me puse a hacer mis primeras tomas de una larga serie de largometrajes. El cine. Entonces era mi pasión, una de tantas. A nadie le importa eso ahora. Yo no hice nada malo, hasta abandoné el partido, era otra pendeja, aunque no me arrepiento de nada como dice la Edith Piaf. Me hicieron pebre igual y seguro, doctora Chanel número 5, que usted anda espléndida por la vida con gafas oscuras y tacones altos, madre ejemplar y esposa devota. Con los ojos nublados me arrastro en cuatro patas, lentamente, a mi guarida. En un rincón, me siento sobre un charco de orina. El piso está frío, al igual que los muros. Caigo en un pozo profundo y me envuelve el silencio.

Desde hace unas semanas, vengo todos los días a este parque, al mismo banco, bajo la lluvia o el sol. Es mi favorito. Enorme, con césped cuidado, verde intenso, tiene dos lagunas colmadas de patos; por las orillas, los sauces llorones. Entre los árboles, algunas ardillas apresuradas y una decena de estatuas de figuras humanas repartidas por todo el terreno.

Los bancos lucen una pequeña placa de bronce con el nombre grabado de algún vecino que ya murió pero que también amaba ese parque. Los perros corren libres y los niños caminan de la mano con sus padres. Otros juegan a la pelota. Yo los miro, sentada, y les doy de comer a mis palomas gordas. Entonces soy casi feliz. No necesito nada más, ni siquiera sé lo que haré al minuto siguiente. Ahora estoy segura, lejos de Chile, ese país lejano que algunos llaman patria. Ya nadie me puede hacer daño, ya nunca más. Estoy a salvo, sola, sin padres ni hermanos, sin hijos, sin Manuel. Manuel. Mi ancla, mi brújula, mi hombre. Tu pelo olía a humo y tus ojos eran del color de la miel, la mirada dulce, pícaro. Tus labios tibios, tus besos en plena boca en una esquina cualquiera. Del dolor sabías, mi amor. Perdiste a tu primera

mujer, consumida por un cáncer que apenas le dejó la sombra y te quedaste solo, con el abrazo por cerrar, la pregunta por hacer, la promesa fallida de los hijos que vendrían. Te quebraste en mil pedazos pero, poco a poco, con todo el peso del mundo sobre tus hombros, te levantaste. No sabías perder, te costaba aceptar la derrota. Miraste a la muerte a los ojos y levantaste tu espada gloriosa, empeñado en domesticar a los molinos de viento, a los necios de siempre, los miopes, los bastardos. No te dabas por vencido antes de empezar. La justicia y la libertad fueron en un comienzo un desafío y se convirtieron en tu obsesión. Me contagiaste con tus sueños de un mundo mejor, una sociedad más justa, un hombre libre. Contigo compartí miles de amaneceres. Por primera vez el futuro sonó a verdad y olía a pan amasado recién sacado del horno de barro. Me empujaste, me entusiasgaste con tu esperanza. Hasta que vinieron a buscarnos. Ahí se reventó el futuro como una gran burbuja. Nos sacaron de la cama en la madrugada, no alcancé a ver el reloj. Tampoco a ponernos los zapatos. No los van a necesitar, nos gritó un tipo de bigote grueso, panzudo, de chaqueta de cuero negro. Salimos a la calle, a punta de bayoneta. Yo atiné a arrojar nuestra argolla de matrimonio bajo la cama. Te empujaron al interior de un jeep, a mí a otro. No había un alma en el vecindario. Nunca más te vi, Manuel. Tú figura se perdió en la inmensidad del silencio. No tuve tiempo ni de darte un beso, aunque fuera en la mejilla. Esa noche la vida nos ofreció una flor y la muerte nos mostró sus fauces. Ambos perdimos la batalla. Ha soplado tanto viento y aún retumba en mis oídos tu risa ligera, liviana, irreverente, que no pedía permiso para interrumpir, para irrumpir, para caer como una cascada de agua fresca en la cuenca de mis manos. ¿Dónde estás? ¿Estás? No me buscaste, no me esperaste. La noche te tragó de una bocanada y yo me quedé esperando para envejecer a tu lado. Trato de imaginarte en un lugar amable, con amigos, tocando tu guitarra frente a una fogata, a la orilla de un río, cerca de esos volcanes nevados que tanto amabas. Ha caído tanta lluvia y la sola mención de tu nombre me eleva por los aires y luego me arroja hasta el abismo profundo, el vértigo total, el dolor más espeso, la sangre coagulada. Quizás un día regreses, Manuel, y me beses en la mejilla, sin aviso, y te sientes a mi lado en mi banco favorito, como hizo ese hombre el otro día, no recuerdo cuándo. Dijo que volvería, que no me moviera y yo lo esperé hasta que cayó la noche. No regresó. ¿Te conté que su pelo también olía a humo y sus ojos eran del color de la miel? ¿Te lo conté, Manuel? ¿Me escuchas? Da igual. A nadie le importa un carajo. Ni siquiera a ti. Sólo espero que la leche tibia en el vaso comience a subir.

*** Odette Magnet Ferrero.**
Agregada de prensa y cultura
del Consulado General
de Chile en La Paz.

Cómo salvarte sin morir primero

Julia García *

Mueres tierra, mueres madre, tú tan pura, tan dada de ti. Desnuda y abierta fuiste en tu tiempo novia del infinito, pero al conocer al hombre —al recién llegado— generoso te diste toda y él, hambriento de tu cuerpo te poseyó en su primera vez, pidiéndote permiso.

¿Recuerdas cómo añoraba tenerle Amazonas? ¿Cómo deleitaba su sed en tu pecho de nieves eternas? ¿Cómo reverenciaba tu ferocidad oxigenadora? Abrazándose a tu cintura telúrica se alimentaba de tus hojas, levantando sus ramas óseas te agradecía. Te obsequiabas virginal. Tú, abertura. Él, segregación. Enamorada de su habla colmabas su boca con la miel de tu árbol frutecido, mientras tanto, lascivo en tu selva ascendía y descendía destilándote secretos. Eras su diosa. Él crecía, no te atravesaba, iba contigo.

Pero un día, creyéndose tu dueño —migaja de vida, imperfecto— se atrevió a hollar-te con desperdicios, cortó tus alas, disparó tu cuerpo de animal liberto, cubrió tus raíces con cemento, echó ácido a tu río, explotó tu eco subterráneo, y para que no loaras la vida incendió tu savia, dejándote resquebrajada, ahogándote el grito. Dolorosa, consumida, preguntabas por qué el hombre, tu hijo, tu hermano, aquel que fuera tu amador, tu devoto, ahora ingrato, cínico, volcaba contra ti su fastidio.

Hoy agoniza en tu vientre su infancia, sin cuerpo, sin movimiento, ex árbol, ex río, ex cielo, ya no ruges tu reproducción, eres su fin profético. Y el hombre, creyéndose mártir, aún sufre de no tenerlo todo, justifica su corazón de hierro, hiriéndose a sí mismo.

¡ Ay hombre! ¿Por qué has olvidado tu principio?

*** Julia Guadalupe García Ortega.**
Coordinadora de "El Duende".





René Moreno y Arguedas

Porfirio Díaz Machicao *

Dice Adolfo Costa Du Rels que, con una amargura mal disimulada, Gabriel René Moreno habría expresado de sí mismo lo siguiente. "Autor solitario de escritos sin lectores en Bolivia mismo, desconocido hasta en la ciudad donde se publican". Este fue el sino doloroso del **camba genial**, manejado por el Destino para conocer la urdimbre de un organismo nacional en su mejor visión y entendimiento. "El autor solitario", llámale Costa y con gran razón destaca su honda tragedia. Empero, su sombra se acrecienta cada día más y más sobre la vida cultural de la América y de Bolivia. No puede hacerse Historia sin la consulta de Moreno, no puede afirmarse la noción cultural sin el atisbo que él hubo realizado, como un sacerdote aislado, como un ermitaño sujeto a un solo rito: la formación de su personalidad en contacto con el libro, empujado por el deleite de satisfacer la curiosidad mental sobre este u otro episodio, este u otro tema. Mente en acción, mirada escrutadora, fanatismo religioso por la verdad, eso fue Gabriel René Moreno. Y de todas sus vigiliadas brota una especie de soberanía del espíritu. Es que había laborado con los materiales de su Historia, había buscado el Destino en medio de las sombras, como esos viejos sacerdotes de los oráculos que, a la postre, se hacían víctimas de la ira de Dios. Cuéntanos también Enrique Finot que Moreno "era hombre retraído y taciturno, se dice que bajo graves contrariedades de familia" lo cierto es que, como corolario de su afán de estudio, como consecuencia de sus dolores morales, y ante el amargo suplicio político de su Patria, marchó a playa extranjera y levantó los ladrillos de su ermita. A su espadaña llegó, por extraño infortunio, no la alondra mañanera, sino el búho portador de la calumnia que, después de lanzarla en el rostro, la mantiene con el fuego espectral de sus fijas pupilas. Como quien acusa: ¡traidor, traidor, traidor!..

¡Válganos Dios si en un día de la vida, zapateros o escritores, alguien viene a perturbar nuestra calma con semejante demanda!



Gabriel René Moreno

Leed las páginas de "Daza y las bases chilenas de 1879" y os daréis cuenta cabal de lo que anoto. A mí, particularmente, no me interesa el debate histórico de esos hechos, sino su aporte en el drama humano. Con una calumnia o con otra se hiere la paz del espíritu y se sojuzga una existencia: ese es el infortunio. A mí me basta saber que el sosiego de Moreno estaba perdido y que, en lugar de abismarse en la plañidera o en el alcohol, como suele acontecer con otros, él se sometió a los cilicios austeros de la disciplina mental. De su dolor surgió la grandeza de su obra.

La posteridad ha reparado los daños que se causó a Moreno en vida. Su obra, elevándose sobre su propia existencia, tiene una grandeza innegable y es de una necesidad perentoria para la estructura de nuestra esencia cultural. Ya no se puede negar más ni calumniar más a Gabriel René Moreno, porque todas las evidencias que nos ha dejado están por sobre la miseria que empañó el cielo de sus días de

hombre. Nos ha dejado la gloria misma, el secreto de nuestra razón de ser, el testimonio de nuestra procedencia nacional.

Pero, no olvidéis que vivió la amargura. No olvidéis que junto al suspiro nostálgico del desterrado, hubo de enjugar la lágrima del calumniado y del incomprendido. Autor solitario de escritos sin lectores... ¿No estáis midiendo esa soledad, no estáis penetrando en su mala fortuna? ¡Ah, claro: hoy es grande, hoy es famoso, es inmortal! Pero recordad que entonces no tenía grandeza, ni fama y era mortal como todos nosotros!.. Y que solamente, detrás de la calumnia, tenía los ojos inquisidores del búho de la espadaña.

En Alcides Arguedas, en cambio, no hubo contrariedad de familia ni calumnia. A la calumnia que humilló a Moreno, se suple en Arguedas, con el ultraje de Germán Busch, el Dictador. Se crea también una fuente de dolor, la raíz de un drama interior que solamente muy pocos hombres supieron leer en las suaves pupilas del autor de "Raza de bronce". Cuando yo le vi en Buenos Aires, con la cabeza blanca, me pregunté: ¿Y es a este anciano al cual el atlético Dictador, el joven gobernante Busch, ha dado de golpes en la Casa Quemada?



Alcides Arguedas

Pasando a otro tema, en Arguedas, contrariamente a lo que pasó en Moreno, no hubo un autor sin lectores. En ello, son Alcides tuvo mucha suerte. Sus libros inquietaron el ambiente, le despertaron, se buscaron y se leyeron con avidez. "Pueblo Enfermo" y "Raza de Bronce" han sido reeditados varias veces. Sus tomos de historia no se encuentran en las librerías y habrá que hacer nuevas ediciones. Quiero decir que, en vida, tuvo el pequeño goce de releer y revisar sus originales para las nuevas ediciones. Le ayudó Patiño, salió varias veces como Embajador, actuó en torneos y conferencias de carácter internacional, es decir: paseó su persona, su nombre y su fama.

Pero tampoco dejó de ser huraño, tampoco dejó de recibir la visita amarga de la desilusión. Cierta vez juró que no volvería a salir de su fundo de Río Abajo. No pudo cumplir su promesa porque su obra y su tarea le reclamaban entre los mortales, en medio de la lucha sin tregua de la vida... Y tornó a actuar en la escena.

Pero Arguedas tuvo que sufrir, sin embargo, otros males de la mortal mordedura, la indiferencia morena o la ignorancia cobriza que no sabe jamás interpretar ni valorar la obra de los hombres. La quietud del bronce, terrible, que él había tomado como símbolo...

Pero, ambos: Moreno y Arguedas, pasando por sobre su Calvario, se dan una inmensa cita con la gloria. No hay grandeza que no esté matizada por el sufrimiento: epilepsia se llamaba en Dostoyevsky, alcohol en Verlaine, neurastenia den Villamil de Rada, la calumnia en Moreno y la bofetada en Arguedas. En muchos, el olvido. En otros la sífilis. En los más, la miseria. A dios gracias, un halo inmenso de martirio y de gloria queda en todo eso y los hombres superviven con la obra realizada amargamente un día.

Todo eso, en la zona del drama mismo. En la Historia, queda en pie una labor que no tiene alcances. Arguedas y Moreno dejan a la posteridad los dos basamentos firmes de la nacionalidad: el análisis de su vida, compulsada, criticada. No habrá ojos que se cieguen para no ver en ellos el recurso que se requiere para el conocimiento de Bolivia.

* Porfirio Díaz Machicao en: "El ateneo de los muertos" 1956.

Entre noche y día

Esclavitud

Khalil Gibran *



Las personas son esclavas de la Vida, y es una esclavitud que llena sus días con miseria y desesperación, e inunda sus noches con lágrimas y angustia.

Siete mil años han pasado desde el día de mi primer nacimiento, y desde aquel día he presenciado a los esclavos de la Vida, arrastrando sus pesados grilletes. He recorrido el Este y el Oeste de la Tierra, y he vagado a la luz y a la sombra de la Vida. He visto las procesiones de la civilización moviéndose de la luz hacia la oscuridad, y cada una fue arrastrada al infierno por almas humilladas, doblegadas bajo el yugo de la esclavitud. El poderoso es reprimido y sometido, y el fiel se arrodilla adorando a los ídolos. He seguido al hombre desde Babilonia hasta El Cairo, desde Ain Dour hasta Bagdad y he observado las huellas de sus cadenas sobre la arena. Escuché los ecos tristes de los cambiantes siglos repetidos

lágrimas sobre lechos de obediencia y complacencia legal.

Acompañé a los siglos desde las riberas del Ganges hasta las costas del Éufrates; desde la desembocadura del Nilo hasta las iglesias de Roma, desde los suburbios de Constantinopla hasta los palacios de Alejandría... Sin embargo, vi a la esclavitud moverse sobre todo, en una gloriosa y majestuosa procesión de ignorancia. Vi a la gente sacrificando jóvenes y doncellas a los pies del ídolo, llamándolo Dios; volcando vino y perfume sobre sus pies, y llamándolo el Rey; quemando incienso delante de su imagen, y llamándolo Profeta; arrodillándose y adorándolo, y llamándolo la Ley; peleando y muriendo por él, y llamándolo Patriotismo; sometiéndose a sus deseos, y llamándolo la Sombra de Dios sobre la tierra; destruyendo y demoliendo hogares e instituciones por su

Encontré la esclavitud sorda, que sofoca el alma y el corazón, dando al hombre solo el eco vacío de una voz, y la lastimosa sobra de un cuerpo.

Encontré la esclavitud renega, que pone el cuello del hombre bajo el dominio del tirano y somete cuerpos fuertes y mentes débiles a los hijos de la Codicia para ser usados como instrumentos de su poder.

Encontré la esclavitud fea, que desciende con el espíritu del infante desde el amplio firmamento hasta el hogar de la miseria, donde la Necesidad vive junto a la Ignorancia, y la Humillación reside al lado de la Desesperación. Y los niños crecen como miserables, y viven como criminales, y mueren como despreciados y rechazados seres inexistentes.

Encontré la esclavitud sutil, que nombra a las cosas de otra manera... llamando inteli-

Al contemplar la esclavitud, vemos que posee los viciosos poderes de continuación y contagio.

Cuando me cansé de seguir detrás de los licenciosos siglos y me aburrí de observar procesiones de gente apedreada, caminé solitario por el Valle de la Sombra de la Vida, donde el pasado trata de esconderse detrás de la culpa, y el alma del futuro se repliega y descansa demasiado tiempo. Allí, al borde del Río de Sangre y Lágrimas que se arrastraba como una víbora ponzoñosa y se retorció como los sueños de un criminal, escuché el asustado susurro del fantasma de esclavos, y contemplé la nada.

Cuando llegó la medianoche y los espíritus emergieron de sus escondites, vi a un cadavérico y agonizante espectro caer de rodillas, contemplando la luna. Me acerqué diciendo:



por las praderas y los valles eternos.

Visité los templos y altares y entré a los palacios, y me senté delante de los tronos. Y vi al aprendiz ser esclavo del artesano, y al artesano ser esclavo del empleador, y al empleador ser esclavo del soldado, y al soldado ser esclavo del gobernador, y al gobernador ser esclavo del rey, y al rey ser esclavo del sacerdote, y al sacerdote ser esclavo del ídolo... y el ídolo es nada más que tierra modelada por Satán y erigida sobre una pila de cráneos.

Entré a las mansiones de los ricos, y visité las chozas de los pobres. Encontré al infante mamando del pecho de su madre la leche de la esclavitud, y a los niños aprendiendo sumisión con el alfabeto.

Las doncellas usan vestiduras de restricción y pasividad, y las esposas se retiran con

causa, y llamándolo Fraternidad; luchando y robando y trabajando por él y llamándolo Fortuna y Felicidad; matando por él, y llamándolo Igualdad.

Posee varios nombres, pero una realidad. Tiene muchas apariencias, pero está hecho de un solo elemento. En verdad, es un mal eterno legado por cada generación a su sucesor.

Encontré la esclavitud ciega, que ata el presente de las personas al pasado de sus padres, y los incita a ceder a sus tradiciones y costumbres poniendo espíritus ancianos dentro de los nuevos cuerpos.

Encontré la esclavitud muda, que liga la vida de un hombre a una esposa que aborrece, y coloca el cuerpo de una mujer en el lecho de un esposo odiado, desvitalizando ambas vidas espiritualmente.

gencia a la astucia, y vacío a la sabiduría, y debilidad a la ternura, y cobardía a un firme rechazo.

Encontré la esclavitud torcida, que hace que la lengua de los débiles se mueva con miedo, y hable sin sentimiento, y ellos fingan estar meditando su súplica, pero son como sacos vacíos que hasta un niño puede doblar y colgar.

Encontré la esclavitud inclinada, que induce a una nación a cumplir con las leyes y reglas de otra nación, y la inclinación cada día mayor.

Encontré la esclavitud perpetua, que corona a los hijos de monarcas como reyes, sin ofrecer consideración al mérito.

Encontré la esclavitud negra, que marca para siempre con vergüenza y desgracia a los hijos de los criminales.

—¿Cuál es tu nombre?

—Mi nombre es Libertad —contestó la espantosa sombra de un cadáver.

—¿Dónde están tus hijos? —le pregunté.

Y la Libertad, llorosa y débil, jadeó.

—Uno murió crucificado, otro murió loco, y el otro todavía no ha nacido.

Se fue rengueando, hablando todavía, pero las lágrimas en mis ojos y los gritos de mi corazón me impidieron ver o escuchar.

Khalil Gibran. Líbano, 1883 – Nueva York, 1931. Poeta, pintor, novelista y ensayista.

“Tomasa” y los exilios

Rosario Q. de Urquieta *

Carlos Decker Molina, boliviano, radicado en Suecia desde el 1976, periodista de profesión, es el autor de “Tomasa” obra finalista en el Premio Internacional de novela KIPUS, 2014.

Percibimos que para Carlos Decker Molina el periodismo ha sido el arranque de su inspiración literaria y hasta pudiésemos afirmar que se ha nutrido casi en su totalidad de esta su experiencia en el aprendizaje de la escritura. Experiencia-aprendizaje que, en el caso concreto de *Tomasa*, ha contribuido a concebir, gestar y dar a luz un organismo narrativo bien ensamblado en las partes que lo componen –salvo algunos desniveles que le restan fuerza al fluir anecdótico– que se concreta en una propuesta significativa. Las bases de su proceso creador están en las referencias a la realidad tanto inmediata como mediata.

Desde la voz de un narrador-protagonista, un tema que desarrolla la novela es el exilio, por supuesto que este no excluye otros; más bien los apunta.

En *Tomasa*, el exilio tiene varias fisonomías dentro su carácter voluntario o impuesto.

Tomaremos la vida de Gualberto como eje generador en el desarrollo de este tema. Gualberto, quien según el informe de la policía sueca es un refugiado político de América Latina, guerrillero revolucionario del pueblo, registrado bajo el número de 530802-9159 y entre sus rasgos psicológicos es un obseso depresivo.

Siguiendo el itinerario de vida de este personaje y en consecuencia a los recurrentes desequilibrios emocionales que sufre por sus carencias, deducimos que vive el síndrome del exilio. Exilio que grita desde varias voces:

¿De dónde soy? Exilio de espacio, de pertenencia. Pérdida de territorio que le dé identidad propia: “nací boliviano, luché argentino y moriré sueco” (p. 47).

¿Quién soy? Exilio del amor. Pérdida del calor y la ternura maternas desde el tiempo de la infancia. Tiempo que dibuja el rostro de la orfandad en las circunstancias ya vividas: “Mamá: deja de mirar el horizonte/que yo no soy yo/ Aquel que tiene tu piel/ es sólo una mancha de sangre” (p.68)

¿Adónde voy? Exilio de futuro. La vida sin rumbo, sin derrotero que se manifiesta en estados psicológicos negativos, destructivos recurrentes en una dolorosa como crónica depresión que encierra la esperanza del recuento. “¿Si soy un fantasma en la vida, seré una realidad en la muerte?” (p. 210)

A *Tomasa*, personaje, la conocemos a través de terceras personas: “La *Tomasa* era muy trabajadora...era linda, chaskañawi, valluna, de buenas caderas, era chichera”. Hubiera sido interesante acercarnos a ella a partir de acciones más directas, ejecutadas personalmente por ella misma. Quizá en ese aspecto hay también la intención de sugerir el exilio de la palabra y la acción en la mujer del campo en ese contexto de sumisión e ignorancia.

El tema y sus variantes se exponen a partir de historias encadenadas, siendo disímiles en su

estructura, no así en su importancia y significación para el objetivo trazado. Las acciones se suceden en tiempos diferentes pero ubicadas en una época, en una circunstancia o país determinado.

De ahí que, espacio, personajes y situaciones no son constantes ni se producen en una linealidad territorial ni contextual; antes bien, se intercambian, se entrecruzan, se confunden, se mezclan en busca de una totalidad de contrastes que definan y perfilen mejor la situación concreta que puede ser: cultural, sociológica, histórica, política o psicológica. En algunos cuerpos narrativos, “*Tomasa*” adquiere ribetes de novela psicológica: Informes de la clínica psiquiátrica donde es internado el personaje. Monólogos, poemas, cartas, garabatos que el interno Gualberto escribe durante sus crisis depresivas. Estos acápites merecen un estudio aparte.

A medida que avanza la narración los personajes se multiplican extraídos de clases sociales distintas y de espacios territoriales diferentes que Decker Molina encadena a partir de realidades prefijadas: Suecia, Bolivia (La Paz, El Alto, Cochabamba, Ocuña, etc.)

El último escenario de la novela es un viaje de dos, uno se queda (Gualberto) y el otro se desplaza (narrador) quien debe intentar encontrar las raíces de procedencia, necesarias para el equilibrio emocional del amigo Gualberto con quien comparte experiencias y nostalgias amorosas con Pia, al buen estilo sueco: “¿Qué más podía hacer si en este país el amor no es propiedad privada?” (p. 71).

El tiempo como producto de la conciencia humana y por eso mismo dependiente de la voluntad se lo concibe en la novela como constante evocación donde: nada es pasado si lo evocamos porque al recordarlo lo hacemos presente y por proyección lo hacemos futuro. De esta manera los episodios narrados se hacen presentes. El relato se retrotrae. Hay una transcripción a la época en que sucedieron. Así, los hechos y acciones se entrecruzan con las historias enmarcadas en su propia dimensión temporal. La historia de *Tomasa* es la historia de Gualberto y de Fidel (hombre de confianza del candidato Evo Morales y después presidente), oportunidad para describir la concepción de vida, manejo de la justicia y orden asentados sobre una base de explotación, miseria y estancamiento moral y material.

Acordando que el mundo contemporáneo no acepta una visión única, la presencia protagonista de hechos pide un subjetivismo fluctuante que tiene dos salidas: la realista y la subjetiva.

El encandilamiento doloroso de la realidad insoslayable está por encima del deseo obsesivo de escapar de esa muralla que encierra tiempo y espacio inaugurales. La esperanza puesta en la búsqueda, siempre resulta inútil. Entonces abre sus fauces el vacío existencial y en ese caldo de cultivo el protagonista –Gualberto– sólo avizora como necesidad. “Una bolsa de plástico/una cuerda más o menos larga/Si falla, tengo la alternativa de la ventana” (p. 241). “No vayas a mi encuentro/ Cuando te enteres...seré nada” (p.236)

Tomasa es la novela de los exilios sin escapatoria

* Rosario Quiroga de Urquieta.
Cochabamba, 1950. Profesora,
narradora y ensayista.

Alma del mundo

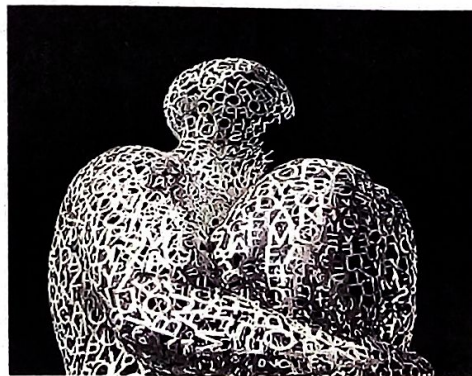
José Ferrater *

Se ha usado la expresión ‘alma del mundo’ para designar la totalidad del universo concebido como organismo, o “la forma” de este universo. La idea de un alma del mundo surgió tempranamente en la filosofía griega. La reducción de la totalidad a la unidad, la suposición de que todo está entrelazado llevó a algunos a admitir un alma del mundo. La explicación platónica del origen del alma del mundo como la mezcla armónica por el demiurgo de las ideas y de la materia, de la esencia de lo Mismo y de lo Otro, puede ser la transcripción mítica de un supuesto metafísico (o la transcripción metafísica de un supuesto mítico). Según algunos autores, el cuerpo del mundo está envuelto por su alma; pero, a la vez, el alma del universo se halla en cada una de las cosas de este, no parcial y fragmentariamente, sino de un modo total y completo. En otros términos, el alma del mundo es aquella realidad que hace que todo microcosmo sea un macrocosmo. Los debates habidos en las escuelas filosóficas antiguas, debates que, bajo distinta forma, se reproducen en todos aquellos momentos de la historia del pensamiento en que –como en el Renacimiento y en el Romanticismo– lo orgánico «desplaza» a lo mecánico, se centraron particularmente en los estoicos y los neoplatónicos. Unos concebían, en efecto, esta alma del mundo de un modo muy cercano a lo material; el corporalismo de los estoicos no podía dejar de influir sobre su idea del alma cósmica. En efecto, si el mundo es un ser viviente, racional, animado e inteligente –como según Diógenes Laercio lo mantienen Crisipo en el Libro I de su tratado *De la Providencia*, Apolodoro en su *Física* y Posidonio en numerosos lugares de sus obras–, es viviente, “en el sentido de una substancia animada dotada de sensación”. Otros, en cambio, identificaban esta alma del mundo con la razón o bien hacían de ella, como los neoplatónicos, una de las hipótesis de la unidad suprema. El alma del mundo quedaba entonces desligada de esta unidad; aunque estrictamente subordinada a ella, no podía tampoco confundirse con la unidad primera. La confusión del alma del universo con el primer principio es, en cambio, propia de las tendencias que podrían calificarse de «panteísmo organológico». Desde el

momento en que se niega, consciente o inconscientemente, la trascendencia del primer principio, aparece el alma del mundo como lo que religa la totalidad del universo, como lo que expresa esta misma totalidad, o como la propia totalidad en cuanto única realidad existente. Aquí vemos una distinción fundamental entre dos nociones del alma cósmica: la que la convierte en mera expresión de un organismo que es el universo entero, a la vez subordinado a un primer principio, y la que la identifica con este mismo principio, es decir, la que convierte en Dios el alma del mundo. Distinción que casi nunca se hace, cuando menos explícitamente, en los sistemas de la filosofía, donde justamente suele abundar la transposición de uno de dichos conceptos al otro. Así ocurre, por ejemplo, con la especulación sobre el alma del mundo en los pensadores del Renacimiento (Agripa, Paracelso, algunos místicos, sobre todo Bruno) y en románticos como Schelling, Bruno tiene conciencia de esta oposición y en ocasiones la declara, pero con el fin de eludir el panteísmo funde a veces las dos nociones en un solo concepto del alma del mundo, que es a la vez la divinidad y el principio orgánico del universo. Análogamente, Schelling, que procura eludir las acusaciones de panteísmo señalando que entiende a Dios a la vez como persona y como indiferencia de opuestos, indica que el alma del mundo es lo que religa en una unidad orgánica elementos del universo que, vistos desde fuera y fragmentariamente, pertenecen al reino de lo mecánico e inorgánico, pero señala también que es última expresión y aun realidad última de dicho universo. El alma del mundo se convierte entonces en un concepto que tiende a unificar el personalismo y el impersonalismo en la idea de lo divino, que procura tender un puente entre el teísmo religioso y el panteísmo filosófico, y por eso el alma del mundo puede ser simultáneamente, no obstante la frecuente distinción que se establece entre ella y la persona divina, principio, sentido y finalidad de un universo que es concebido siempre como un organismo.

* José Ferrater Mora. España,
1912-1991.

Tomado de “Diccionario de filosofía”

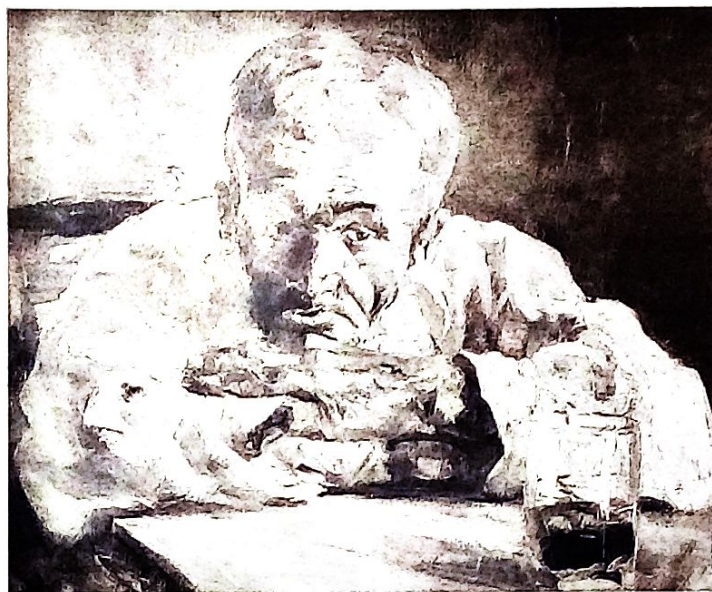


La vertiente literaria marginal a través de Claudio Cortez

Freddy Zárate *

El fanatismo y las modas literarias del presente encumbran a Víctor Hugo Viscarra (1958-2006), como el gran escritor y conocedor de los suburbios pobres de la urbe paceña. Por supuesto esta gloria de Viscarra se debe en gran parte a sus propagandistas y creadores (in)directos de este personaje mitificado. La sobrevaloración literaria de Viscarra tiene nombres y apellidos. Tal es el caso del poeta Manuel Vargas que fue uno de los artífices y por qué no decirlo el gran promotor de Víctor Hugo Viscarra. Sostengo –tal vez equivocadamente– que gran parte (o toda) de la obra de Viscarra fue escrita, estilizada y por supuesto publicada en la editorial *Correvidite* que dirige hasta el día de hoy el poeta Vargas. Otra de las propagandistas es la escritora Virginia Ayllón. En el prólogo de *Alcoholatum & otros drinks* (2001), Ayllón indica la estrecha relación que mantuvo con Viscarra: “Disfruto de una amistad, añeja ya aunque fresca siempre, con este autor y, además, conozco el conjunto de su obra editada y parte de la inédita”. En tal sentido, la escritora Vicky Ayllón adscribe argumentos literarios nada claros, pero contundentes al resaltar la genialidad multifacética de Viscarra que transita –según Ayllón– con exquisitez por los distintos géneros literarios. A esta pequeña lista se suman profesores normalistas, estudiantes y catedráticos de la Carrera de Literatura que ven en la vida y obra de Viscarra una necesidad imperiosa de estudio y preocupación existencial. En tal sentido, esta sobreestimación retórica a Viscarra carece de crítica por parte de sus correligionarios. El otorgarle plácidamente el rótulo de “el gran escritor de la literatura marginal”, es puesto en entredicho por la historiografía intelectual. Revisando un poco nuestra faena bibliográfica se puede encontrar precursores de esta afamada corriente literaria.

Un autor totalmente olvidado por los círculos universitarios, académicos y literarios es Claudio Cortez A., que puede ser considerado un precursor de la llamada literatura marginal en Bolivia. Los datos biográficos que nos proporcionan José Ortega, Adolfo Cáceres y Elías Blanco acerca de Claudio Cortez nos dicen que nació en La Paz en 1908 y falleció en esta misma ciudad en 1954. Incursionó en la narrativa, en el campo de la historia y el periodismo. Acudió al conflicto bélico con el Paraguay (1932-1935), experiencia existencial que le sirvió de material para sus tres novelas relacionadas con la Guerra del Chaco: *Entre sangre y fuego* (s/f), *Eslavos y vencidos* (1935) y *Los avitaminados* (1936). A finales de la década de los treinta escribió *La Teodosita* (1939), que logró el Primer premio, medalla de oro y diploma de honor en el certamen literario auspiciado por el Ateneo Ibero-Americano de Buenos Aires. Tres años más tarde publicó la novela histórica *Sobre la cruz de la espada* (1942) que le valió el Primer premio del con-



curso literario auspiciado por la Alcaldía Municipal de La Paz. A la edad de 45 años publicó *Francisco Tito Yupanqui: Historia y milagros de nuestra señora de Copacabana* (1954). Un año más tarde, el 7 de enero de 1954 prematuramente la vida de Cortez se apagaba en la ciudad que le vio nacer: “Al fin, la alegría y el dolor se acaban. El tiempo lo borra todo”. Con estas líneas finalizó su novela *La tristeza del suburbio*, y tal vez fue una premonición anticipada que el futuro caprichoso le tenía deparado al escritor Cortez: el olvido y la total indiferencia.

A finales de la década de los años treinta, después de indagar las veleidades del lumpen paceño, Claudio Cortez A. publicó *La tristeza del suburbio: la novela pasional* (1937). Su inspiración, sus personajes y trama parten del submundo urbano. La llave con que ingresa Cortez a las periferias es a través de la vida de su protagonista Félix Vergara: “La nariz enrojecida, sus ojillos turbios sin mirada, bambolean, apoyándose a las paredes, camina lerdamente, despaciosamente, balbuciendo palabras incoherentes y accionando con la mano derecha en forma contundente y amenazadora”. Noche tras noche, las calles y los callejones de La Paz son testigos mudos de las peripecias de estos alcohólicos consuetudinarios que transitan por los “tenduchos sumidos en la oscuridad, que parece una cueva de pillos; es otro antro de vicio, más repugnante y horrible que el otro”, donde beben la rica chicha y el elixir de los dioses (alcohol) y se oye las voces, las risas enfáticas de hombres y mujeres. Estos parroquianos al amanecer terminan yaciendo una masa inerte: un barro mezclado de carne y licor: “La sombra de los ebrios se agranda en las

paredes negras de esa casa; parece un cine grotesco y se ven esos perfiles, esas narices, esas figuras fantásticas, siniestras, lúgubres”. En ellos florecen las palabrotas soeces, esas groserías sin nombre que caracterizan a nuestros queridos borrachos. Anticipadamente Claudio Cortez nos revela a través de sus páginas el lenguaje coba ya existente en la década de los años treinta: “cueva de pillos”, “antro de vicio”, “chupacos”, “pisquerías”, “elixir sagrado”.

Estos beodos después de haberse pasado juntos un feroz día de regocijo inmotivado y absurdo “las cosas le parecen distantes, lejanas, quiere pensar, sacudir esa modorra mental pero siente que le da vueltas la cabeza”. El espejismo existencial incoado por el alcohol hace que estos borrachines pierdan todo horizonte de vida: “En un callejón de esos, en una habitacioncilla de una casa de indios carniceros, don Félix duerme su infeliz embriaguez. Esa pobre masa de carne, hueso y alcohol, tendida sobre un montón de paja y cubierta con cartones, inspira asco”. Al día siguiente, muy entrada la mañana con el sol en alto estos borrachos abren los ojos y sus siluetas exteriores reflejan rostros sucios, hinchados y de vestir andrajosos. A pesar de la miseria en que se debaten estos alcohólicos rebuscan sus bolsillos para conseguir un trago más.

El escritor Claudio Cortez A. asimismo describe algunos personajes que circulan por los callejones de La Paz buscando libación a su existencia. Afloran por esas calles excombatientes de la Guerra del Pacífico (1879), de la Guerra del Acre (1899-1903) y la Guerra del Chaco (1932-1935). Soldados traumatizados por la contienda bélica que hacen alarde de su heroísmo subjetivo: “¡Aquí están

mis certificados, soy machito, hijo de mi tata (papá), soy un excombatiente, que prisionero ni ocho cuartos! / –El otro soldado se esfuerza por convencer a las mujeres que él ha caído prisionero en la Guerra del Chaco por valiente”. En el interior de las cantinas se producen peleas absurdas entre los beodos. “El resto es el ritual de siempre. La dueña coge una botella de licor, llena una copa y se las da. Ellos la beben como siempre”. Ese es el círculo vicioso que se repite una y otra vez en estos antros de perdición.

La prostitución se hace latente en la obra de Claudio Cortez: “En la esquina de un callejón hay dos jovencitas trigueñas, sentadas en la puerta de una tienda, entonando una cancioncilla. Al ver a alguien, una de ellas se pone de pie, sigilosamente como una bestezuela en acecho y de un salto llega a él y tomándole del brazo dice: –Lindo ven, ven, te has de dormir conmigo”. La descripción que nos proporciona Cortez es la calle del pecado: “Una calle ancha sin empedrar, donde hay casitas pequeñas, tiendas, pisquerías y chicherías, iluminadas en su entrada con lamparillas rojas. El ambiente festivo de esa calle con sus postes de luz a grandes intervalos, con techos penumbrosos, oscuros y malolientes, inspiraban asco y terror (...). En ese barrio se manifestaba la alegría que proporcionaban los organillos, pianos, cantatas y bailes de esas mujeres sucias que festejan a quienes visitan esas casas”. El autor hace referencia al callejón Conde-Huyo en el cual sus visitantes se extasiaban entre el placer y el peligro. Numerosos testimonios literarios señalan insistentemente la gran relevancia de esta curiosa calle, sobre todo en relación con las noches paceñas hasta finales de la década de los cincuenta.

Las dilucidaciones que logró encarnar Claudio Cortez A. del submundo urbano pueden ser entendidas como un escritor que supo anticiparse a su tiempo y nos dejó un testimonio literario de alta calidad. En consecuencia se puede manifestar que son los publicitarios de cada época que envilecen o embellecen a los libros. Los que olvidan arbitrariamente a unos y enaltecen injustamente a otros. Como toda percepción humana de las cosas puede ser artificial y hasta absurda en algunos casos. Es necesario despojarnos de ciertos convencionalismos literarios que se rigen por modas efímeras del momento y es necesario acentuar un espíritu crítico que cuestione lo sobreentendido y obvio.

*** Freddy Zárate. La Paz.
Escritor y abogado.**

Daisy Zamora

Daisy Zamora. Poeta nicaragüense. Fue viceministra de cultura de su país. Tiene cinco poemarios en español y cuatro en inglés. Editora de dos antologías de poesía, un libro sobre política cultural, y traductora de poesía. Publicada en Latinoamérica, el Caribe, los Estados Unidos, Canadá, Europa, Asia y Australia, sus poemas están incluidos en más de cincuenta antologías en quince idiomas.



Mensaje urgente a mi madre

Fuimos educadas para la perfección:
para que nada fallara y se cumpliera
nuestra suerte de princesa-de-cuentos
infantiles.
¡Cómo nos esforzamos, ansiosas por demostrar
que eran ciertas las esperanzas tanto tiempo
atesoradas!
Pero envejecieron los vestidos de novia
y nuestros corazones, exhaustos,

últimos sobrevivientes de la contienda.
Hemos tirado al fondo de vetustos armarios
velos amarillentos, azahares marchitos
ya nunca más seremos sumisas ni perfectas.
Perdón, madre, por las impertinencias
de gallinas viejas y copetudas
que solo saben cacarearte bellezas
de hijas dóciles y anodinas.
Perdón, por no habernos quedado
donde nos obligaban la tradición
y el buen gusto.
Por atrevernos a ser nosotras mismas
al precio de destruir
todos tus sueños.

Muerte extranjera

¿Qué paisajes de luz, qué aguas, qué verdores,
qué cometa suelto volando a contrasol
en el ámbito azul de una mañana?

¡Qué furioso aguacero, qué remoto verano
deslumbrante de olas y salitre,
qué alamedas sombrías, qué íntimo frescor
de algún jardín, qué atardeceres?

¿Cuál luna entre tantas lunas,
cuál noche del amor definitivo
bajo el esplendor de las estrellas?

¿Qué voces, qué rumor de risas y de pasos,
qué rostros ya lejanos, qué calles familiares,
qué amanecer dichoso en la penumbra de un cuarto,
qué libros, qué canciones?

¿Qué nostalgia final,
qué última visión animó tus pupilas
cuando la muerte te bajó los párpados
en esa tierra extraña?

Otilia planchadora

Al ritmo de la Sonora Matancera
Otilia pringa la ropa,
la dobla en grandes tinajas de aluminio
y panas enlozadas,
y no sé si baila o plancha
al son cadencioso.

"Los aretes que le faltan a la luna..."
Otilia los llevó puestos al baile
del Club de Obreros.

(Ella tenía novio de bigotito)

Otilia, frutal y esquiva,
entallada por el vestido
bailó, bailó hasta que se humedecieron
oscuros sus sobacos entalcados.

En la barraca del fondo
-bodega de tabaco, cuarto de planchar,
albergue del relente de las noches
que refresca las tardes de verano-
Otilia guarda su plancha.
Sueña que Bienvenido Granda
y Celio González
cantan para ella *Novia mía*
mientras se pringa la cara con las lágrimas.

Tierra de nadie

Somos territorio minado en claridad,
quien traspasa el alambrado, resucita.
¿Pero a quién le interesa trepar en la espesura?
¿Quién se atreve a cruzar la tempestad?
¿Alguien quiere mirar de frente a la pureza?

Cuando las veo pasar

Cuando las veo pasar alguna vez me digo:
qué sentirán ellas,
las que decidieron ser perfectas
conservar a toda costa sus matrimonios
no importa cómo les haya resultado el marido
(parrandero mujeriego jugador pendenciero
gritón violento penqueador
lunático raro algo anormal
neutro temático de plano insoportable
dundeco mortalmente aburrido
bruto insensible desaseado
ególatra ambicioso desleal
politiquero ladrón traidor mentiroso
violador de las hijas
verdugo de los hijos emperador de la casa
tirano en todas partes)
pero ellas se aguantaron
y solo Dios que está allá arriba sabe lo que sufrieron.

Cuando las veo pasar tan dignas y envejecidas
los hijos las hijas ya se han ido
en la casa solo ellas han quedado
con ese hombre que alguna vez quisieron
(tal vez ya se calmó
no bebe apenas habla se mantiene sentado
frente al televisor
anda en chancletas bosteza se duerme ronca
se levanta temprano
está achacoso cegato inofensivo casi niño)
me pregunto:

¿Se atreverán a imaginarse viudas
a soñar alguna noche que son libres
y que vuelven por fin sin culpas a la vida?

El barroco de Alejo Carpentier

Marc E. Blanchard

(Casa de las Américas 2006)

Segunda parte

Al presentar esta parábola a sus lectores, Carpentier juega con el tiempo: con fórmulas ("Y al amanecer, todo estaba en buen orden"); breves reseñas ("los días se los pasaron en su mayor parte en vagar desde las bien provistas tabernas de vinos finos a las tiendas de libros"); con motivos empleados en diferentes momentos para indicar cómo la hora como tal se percibe cada vez como igual y diferente ("Afuera, los *mori* del Orologio acaban de martillar las seis"; "vinieron a mezclarse, caídas de una claraboya, las horas dadas por los moros de la torre del Orologio"). Sin embargo, esas fórmulas y reseñas solo sirven para destacar los insuficientes que resultan las convenciones para transmitir la esencia del paso del tiempo si el narrador, con una voz particularmente autoirónica, decide de repente pasar por alto los detalles analógicos con que, en otras partes de su narración, llena tanto una descripción que ofusca la trama. Así termina la novela sobre la historia del sirviente Filomeno, un negro cubano que se queda en Venecia, preparándose para el concierto de Louis Armstrong, después que su Amo, aburrido y frustrado con Europa, decide regresar a América: "Filomeno, por lo pronto se las entendía con la música terrenal, que a él, la música de las esferas lo tenía sin cuidado. Presentó su ticket a la entrada del teatro, lo condujo una acomodadora de nalgas extraordinarias..."

Estas trivialidades son típicas del barroco, una forma de arte que, según Wollf, se sentía atraída por las oposiciones y mezclaba estilos con soltura. Pero, si bien *Concierto barroco* es la mezcla de una historia mitad cómica y mitad seria, con "la acción vuelve a enredarse, atravesarse, entrecruzarse...", también es, sobre todo, una historia de incongruencias, anacronismos y disparidades entre el tiempo vivido y la duración del tiempo, entre la hora del reloj y el calendario. Con todo, no se trata en sí de un pasatiempo refinado, uno de esos ingeniosos divertimentos con que aquellos que se sienten aburridos de todo se deleitan al imaginar algo que pudieran no saber aún. Más bien es un juego de un narrador que considera que debe definir sus personajes y la trama a partir de documentos existentes y que se esfuerza con tenacidad por liberarse de la tiranía de la cronología. Así, los alegres parranderos, guiados por el trío integrado por Vivaldi, Haendel y Scarlatti, visitan la tumba veneciana de Stravinsky. Sin embargo, o bien Stravinsky ha muerto ya en el momento en que se supone que se presenta la ópera (presuntamente 1733), o bien Vivaldi y su alegre séquito en *Concierto barroco* están vivos todavía después de que el compositor ruso emigrado es enterrado en Venecia según su propio deseo. En todo



caso, debería advertirse al lector que lea la nota del autor al comienzo del libro. Allí, en el estilo con que los editores del siglo XVIII procuraban brindar información a sus lectores al mismo tiempo que negaban su responsabilidad por su propio mal manejo del material, Carpentier se brinda para presentar la verdad histórica sobre las vicisitudes musicales del desventurado Montezuma. Carpentier distingue entre la fecha de la primera aparición de Montezuma como personaje en escena, la fecha de la primera ópera dedicada por entero al Emperador azteca Montezuma —compuesta por Vivaldi y probablemente nunca puesta en escena— y luego, una a una, todas las demás fechas en que los aztecas han sido llevados a la música. Con sucesivos pliegues y despliegues, Carpentier repasa con sorna los diversos momentos en que, en vez de ser quemados en la hoguera o apedreados hasta morir, los valientes mexicanos son enviados camino de su salvación por los libretistas, más emprendedores y manidos que famosos, siendo las únicas dos excepciones Montezuma, de Antonio Vivaldi, cuya ópera reinventa Carpentier a propósito del ensayo general que ocupa la mayor parte de la novela, e *Indes Galantes*, de Jean-Philippe Rameau, la cual siempre ha sido considerada, según Carpentier nos recuerda, la gran obra maestra sobre el Nuevo Mundo, y al mismo tiempo un simple ballet cortesano, compuesto dos años después de la ópera de Vivaldi. En Venecia, el famoso actor veneciano Miller se pone el disfraz de Montezuma usado por el criollo en la anterior noche de carnaval y

asume el papel del verdadero Montezuma ("y se vuelve a enredar la acción, con un Montezuma nuevamente vestido de Montezuma"). Al final, una vez que Montezuma ha sido traicionado por los españoles, Vivaldi, siguiendo al cronista Antonio de Solís, hace posible que Cortés perdone a sus enemigos y libere a todos los cautivos, incluso Montezuma, apenas un momento antes de ser arrastrado a escena, "encadenado por el cuello". Bien está lo que bien acaba, como sucede con la princesa azteca Teutile, que se casa con el español Ramiro en vez de tener que ser sacrificada por su madre Mitrena en ofrenda a los dioses. Eso no importa en esta historia, pues Vivaldi se ha permitido grandes libertades respecto de sus fuentes (en el texto de Solís, Teutile era un "general de los ejércitos de Montezuma"). En la ópera de Vivaldi, el criollo, que sin recato alguno hace gala de la erudición de Carpentier, se entera de que ese papel es asumido por una actriz famosa "que se acuesta con Su Alteza el Príncipe de Darmstadt, o Armestad, como dicen otros, que mora, por aburrido de nieves, en un palacio de esta ciudad". A pesar de la vertiginosa intersección entre la tradición general de la Conquista, la prueba documental traducida que proporcionan los cronistas, los comentarios que constantemente hace *in situ* los personajes de la historia acerca de esa producción operática sobre la conquista de México que presenciaban como parte de su viaje por Europa, y la supervisión general de un narrador omnisciente que a veces interviene de manera directa en la narración y

otras parece dejar que esta fluya y siga su propio curso, la historia gira en presencia en torno a la inversión del tiempo.

En ese sentido, el recurso a la parodia exorbitante, burlona y hasta grotesca es decisivo para esta inversión del tiempo, a la vez que las referencias históricas, que aportan a esta pieza de ficción creativa un toque de investigación académica, se completan con un conjunto de notas históricas —concesivas ("a pesar de..."), impersonales ("se asume..."), condicionales ("uno podría...")— y agradecimientos ("gracias al amigo musicólogo que me puso sobre la pista de Montezuma de Vivaldi"). Esos gestos, por muy coquetos que puedan ser, tienen también su propia lógica. Preparan al lector para una experiencia de lectura diferente en que, en lugar de cambios de lugar que determinan el avance de una trama lineal que se desenvuelve desde una perspectiva fija, encontrará a un narrador que entra y sale de los episodios con calculada soltura y estableciendo conexiones no solo entre espacio físico (Veracruz, La Habana, Cuenca, Barcelona y Venecia), sino también entre lugares culturales (entre el México de los tiempos

de la Conquista y el México del Virreinato, entre la época del *concerto grosso* y la del *Dixieland Jazz*, entre los tiempos de la carabela y los de la locomotora); un narrador que ofrece al lector la oportunidad de experimental sentido del tiempo completamente diferente, anacrónico sin surreal, cómica sin ser épico, discontinuo y homogéneo a la vez, a medida que hechos ficticios, escandalosos e íntimos, discretos y entrelazados, forman el *basso continuo* de lo que parece ser la fascinante ejecución de un suave divertimento, que en una noche de disipación y la tarde siguiente de resaca, se convierte en toda una ópera de cámara, concebida para exasperar al académico baquiano y estimular al *amateur* culto:

Prendido el frenético *allegro* de las setenta mujeres, que se sabían sus partes de memoria, de tanto haberlas ensayado, Antonio Vivaldi arremetió en la sinfonía con fabuloso ímpetu, en juego concertante, mientras Doménico Scarlatti —pues era él— se largó a hacer vertiginosas escalas en el clavicémbalo, en tanto que Jorge Federico Haendel se entregaba a deslumbrantes variaciones que atropellaban todas las normas del bajo continuo.

Continuará

BARAJA de TINTA

Sobre neologismos, comida de toros y vestimentas

De Ricardo Jaimes Freyre a Miguel de Unamuno



Ricardo Jaimes Freyre

10 de enero de 1905

... En lo que se refiere a los neologismos comparto la opinión de usted, pero no creo que deban rechazarse los culteranismos cuando son oportunos y no simplemente pedantescos; tienen sobre los vocablos regionales la ventaja de la universalidad y con ellos se puede tener la certeza de ser comprendido, lo que no sucede con los otros, fuera de casa, además, como decía Don Quijote "cuando algunos no entienden estos términos importa poco, que el uso lo irá introduciendo con el tiempo, que con facilidad se entiendan, y esto es enriquecer la lengua sobre quien tiene poder el vulgo y el uso".

Muy oportunos y eficaces sus argumentos contra las corridas de toros. No soy precisamente un partidario de esa diversión, que si es nacional en España, también lo es en el Perú, donde he pasado mi infancia y mi adolescencia. Más que un convencido soy un despreocupado en este orden y no he examinado el punto con atención. Preciso sí, que esa niveladora civilización que empieza a suprimir todo carácter en los pueblos, aproximándolos mediante estirnes o cortes, a un tipo determinado, es demasiado rígido y por todo extremo fastidioso.

He viajado mucho, y nada me ha mortificado tanto como la monotonía del confort y la identidad de usos, de costumbres, de palabras y hasta de gestos, en todas las personas que aspiran a figurar en la sociedad de buen tono.

Aceptable y comprensible sería esto si las tituladas conquistas de la civilización (hablo de este género de conquistas solamente; las letras, las artes y las ciencias tienen otro sitio) contribuyeran a hacer más felices a los hombres; pues sucede todo lo contrario, les quitan sus placeres y nada les dan en cambio, si no es la satisfacción de imitar de una manera simiesca, los usos ajenos.

Una reciente ordenanza municipal ha impuesto al pueblo de La Paz (Bolivia) el traje europeo. La alta clase social y la media lo han llevado siempre; pero el pueblo obrero y la gente servil tenía su indumentaria

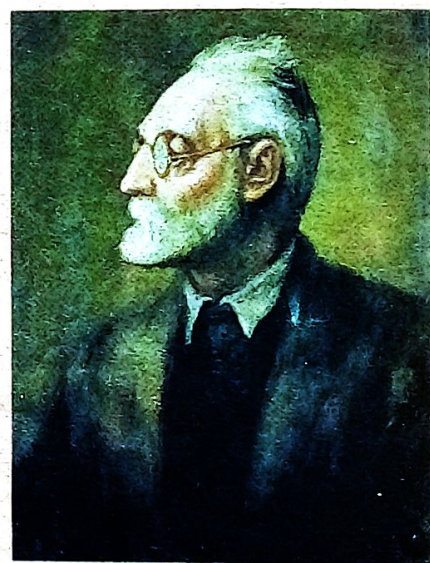
pintoresca, dentro de la cual se sentía muy a sus anchas, sin ofensa de nadie, pero los excelentes ediles creyeron que si todo el mundo llevaba americana o blusa, tomarían los viajeros a la ciudad de La Paz por un París o un Londres americano. El único resultado ha sido aburguesar lamentablemente a ese pobre pueblo. Creo que nada se gana con perder los hábitos tradicionales. Todo esto reza con costumbres o prácticas viciosas o perjudiciales.

Hablando de las corridas de toros, usted moraliza y se coloca en excelente terreno; el mío era el de las simples impresiones, y me divierte más que me enfada oír y leer los desatinos de los viajeros que persiguen la pittoresque, y me explico que compensen con la imaginación el desencanto de los sentidos.

A los Dumas, Meimé, Gautier y Barrés y otros españolizantes de gran ingenio y de escasa fidelidad, no les van en zaga los que nos descubren diariamente a nosotros los americanos y nos ponen de salvajes que hay por dónde cogernos.

Deseo vivamente conocer la opinión de usted sobre una novela griega que tengo terminada, y de la cual podrá usted formarse una idea leyendo los capítulos publicados en los números 2 y 5 de la revista que dirijo, y que puntualmente le envío. Juzgue usted como insigne helenista que es, las muestras esas de mi libro.

Aunque sé que prefiera usted las cosas



Miguel de Unamuno

vividas, no lo creo enemigo de esas reconstrucciones arqueológicas, tan trabajosas, que nos llevan con la imaginación a épocas desaparecidas para siempre. Escas, por otra parte, mi ambiente ordinario, pues soy catedrático de historia de la literatura en el Colegio Nacional de esta ciudad. Nada hay más que estime que esta relación nuestra a que han dado comienzo sus amables cartas; tenga usted la seguridad de que mi mayor deseo es que se conserve en el pie de cordialidad en que usted la ha puesto, y cuente en todo y por todo con su amigo afectísimo.

Ricardo Jaimes Freyre

"Estudios" Ricardo Jaimes Freyre. Academia Nacional de Ciencias de Bolivia, Instituto de Estudios Bolivianos, UMSA, La Paz, 1978
Ricardo Jaimes Freyre. Nacido en Tacna, Perú, de padre boliviano y madre peruana (1868-1933), autodidacta, fue ministro de Instrucción Pública y de Relaciones Exteriores, representante de Bolivia en Chile, Estados Unidos, México y Brasil. Vivió largos años en Tucumán y escribió una historia de esa provincia, donde por exigencias de sus benefactores tomó la nacionalidad argentina. Con Rubén Darío fue introductor del Modernismo en América. Es autor de *Castalia Bárbara*, *Los sueños son vida*, *Leyes de la versificación castellana*
Fuente: "Cartas para comprender la historia de Bolivia (2014) compilado por Mariano Dapitla G.